

ROSTRO Y RASTRO LITERARIO DE MADRID

JAVIER PÉREZ-CASTILLA

RESUMEN: Este artículo analiza algunos aspectos claves del Madrid literario del siglo XVII, al tiempo que recorre seis lugares emblemáticos del denominado Barrio de las Letras. En primer lugar, se explican las posibles causas del establecimiento de la capitalidad en esta villa y sus antecedentes históricos. Tras esto, se describen dos de las grandes diversiones públicas del Madrid de esa época: la fiesta de los toros y las representaciones teatrales. Por último, visitando sus casas, se da noticia de la vida de tres genios literarios: Góngora, Quevedo y Lope de Vega.

Palabras clave: Felipe II, Casa de los Austria, Plaza Mayor, Plaza de Santa Ana, el Corral de la Pacheca, Góngora, poesía culterana, Quevedo, Lope de Vega, teatro español del siglo XVII, Comedia Nueva.

Abstract: This article analyzes some key aspects of literary Madrid of the 17th century, at the time that it crosses six emblematic places of the Neighborhood called of the Letters. First, are explained the possible reasons of the establishment of the capital in this villa and his historical precedents. After this, there are described two of the big public amusements of Madrid of this epoch: the holiday of the bulls and the theatrical representations. Finally, visiting his houses, one gives news of the life of three literary geniuses: Góngora, Quevedo and Lope de Vega.

Keywords: Philip II, House of the Austria, Major Plaza, Plaza of Holy Ana, the Corral of the Pacheca, Góngora, culteranismo poetry, Quevedo, Lope de Vega, Spanish theatre of the 17th century, New Comedy.

EL SIGLO XVII

*Hermosa Babilonia en que he nacido
para fábula tuya tantos años,
sepultura de propios y de extraños,
centro apacible, dulce, patrio nido.*
Lope de Vega

1. UNA DECISIÓN ACERTADA. PLAZA DE LA PUERTA DEL SOL.

En un lugar del centro de la Península Ibérica, cuyo nombre es sobradamente conocido, Felipe II decidió establecer su corte, allá por el año del Señor de 1561. No existe consenso acerca de los motivos que inclinaron al monarca a fijar la capital de su inmenso reino en Madrid. Algunos creen que tenían más posibilidades otras ciudades, como Valladolid o Sevilla. No obstante, la Guerra de las Comunidades, durante la cual sus habitantes apoyaron las reivindicaciones comuneras, desaconsejaba la ubicación vallisoletana. Por su parte, Sevilla podría exigir una serie de privilegios que entorpecían su candidatura.

Pesaron y mucho, en mi opinión, factores geoestratégicos y otros que podríamos denominar, en sentido lato, *medioambientales* y *lúdicos*. Respecto a los primeros, la centralidad de Madrid, facilitaba el acceso y la comunicación con los demás puntos de España desde la Villa y Corte. También el clima sano, con la proximidad de la Sierra de Guadarrama, la abundancia de aguas subterráneas y la calidad del aire, el famoso *aire de Madrid*, unido a la calidad y la variedad de la caza en sus muchos bosques, como el de El Pardo, inclinaron la

balanza a favor de Madrid. Debe recordarse que la actividad venatoria ocupaba un lugar destacadísimo entre las aficiones reales. Escritores del siglo XVI, como Lucio Marineo Siculo o Gonzalo Fernández de Córdoba elogian estas bondades. En fin, el rey prudente vinculó esta ciudad a la historia de España con mayúsculas.

No obstante, Felipe III, en 1601, por el consejo del duque de Lerma, trasladó la capital a Valladolid. Conocemos los esfuerzos de los corregidores madrileños para recuperar la capitalidad. Al parecer 250.000 ducados y la sexta parte de los alquileres de las casas hicieron allanar el camino de retorno. Por cierto, andando el tiempo, esta última contribución daría lugar a la famosa “regalía de aposento”. Para huir de la contribución al gasto público, así como para ahorrarse la molestia de alojar o “aposentar” a cortesanos en la propia casa, los madrileños construyeron sus casas evitando diferentes alturas, agrandando la construcción en horizontal (por ejemplo, con patios interiores) y no en vertical. Este tipo de edificios se conocían como *casas a la malicia*. Ello trajo como consecuencia que Madrid creciera en *anchura* y no en *altura*. Quevedo, siempre atento a la burla, escarnece a una mujer de moral distraída, comparando sus hábitos licenciosos con las casas a la malicia:

Por no estar a la malicia
calzada su voluntad
fue su huésped de aposento
Antón Martín Galán.

Otros poetas coetáneos, de similar talla literaria, elogian la ciudad con versos apasionados. Así el madrileñísimo Lope de Vega (nacido en la calle Mayor) escribe estos versos:

Madrid; que no hay ninguna villa
en cuanto el sol dora y el mar baña
más agradable, hermosa y oportuna,
cuya grandeza adorna y acompaña
la Corte de los Césares de España.

Calderón de la Barca, que vino al mundo también en la calle Mayor, por su parte, alude al tópico de Madrid como nueva Babilonia, quizá por lo caótico de su trazado o por lo heterogéneo de su paisanaje, que ya utilizó Lope:

...yo salí de Granada, y vine a ver,
la gran villa de Madrid,
esta nueva Babilonia,
donde verás confundir
en variedades y lenguas
el ingenio más sutil...

2. ILUSTRES ANTECEDENTES DE LA VILLA Y CORTE.

Uno de los lugares comunes más repetidos sobre Madrid es su escasa importancia histórica antes del año 1561. Esta afirmación no soporta el desmentido de los hechos. Tampoco conviene caer en el extremo opuesto, esto es, los orígenes míticos y fantásticos de la Villa, prodigado por cronistas como López de Hoyosa, Gil González Dávila, Jerónimo de Quintana, Antonio León Pinelo, Núñez de Castro o Vera Tassis, enumerados por el erudito Federico Carlos Sainz de Robles, que establecía la fundación de Madrid de la mano del príncipe Ocnor-Bianor, semidios del Tíber, creador de una *Mantua* que luego derivó en Madrid. Sí se han encontrado restos de la época romana, pero al parecer era una aldea poco relevante, comparada con Alcalá-Complutum, por ejemplo. Se especula, asimismo, con la importancia del Madrid visigodo. Existe una tradición que señala la existencia de una iglesia visigoda consagrada a Santa María. Asimismo se indica el término *matrice*, arroyo madre, como una pequeña población cerca de donde fluye el agua de este tiempo. En cualquier caso una población menor, respecto al Toledo visigodo, pongamos como otro ejemplo.

La mayor parte de los estudiosos de Madrid, en la actualidad, se inclinan por el origen árabe del topónimo *Madrid*. Según esta teoría, proviene de los términos: *mayra*, (viaje de agua) y el sufijo iberorromano *it* (lugar). En palabras del Jaime Oliver Asín: “He aquí, pues, explicado por primera vez el hasta ahora enigmático nombre *Mayrit*, traducción al árabe del primitivo *Matrice*, hecha conforme a un patrón iberorrománico, que la población de la España musulmana aplicaba, por costumbre, a los nombres del lugar. *Mayrit* no significaba, pues, otra cosa que el lugar (-it) de la *Madriz* o arroyo madre (*Mayr-á-*), con supresión, claro es, de la vocal final *a*, como sucede en todas las construcciones de este tipo.”

Fue, sin duda, en la Edad Media, ya bajo el dominio cristiano, cuando nuestra ciudad comienza a cobrar importancia. El monarca Alfonso VI, en el año 1083, reconquistó Madrid. Como sostiene, con su característica prosa, don Ramón Mesonero Romanos, “Conquistada, en fin, esta Villa, y fijada al mismo tiempo en Toledo la corte castellana, empezó a tomar Madrid importancia histórica, acreció considerablemente la población, extendió su recinto y contribuyó con su riqueza, con su lealtad y con el valor y patriotismo de sus moradores, al proseguimiento de las guerras encarnizadas y seculares contra la morisma”. Efectivamente, muchos reyes castellanos contribuyeron a dar prestigio a Madrid. De manera sintética citaré algunos de los hitos medievales. Alfonso VIII otorgó el *Fuero de Madrid* el año 1202, para su regulación jurídico-institucional. Fernando IV reunió por primera vez en Madrid las Cortes del reino (1309). Alfonso XI no sólo celebró Cortes en esta villa, sino que residió en ella con asiduidad. Pedro I edificó el mítico Alcázar de Madrid, luego transformado por múltiples obras durante el periodo de los Austrias. Juan II, según Real Cédula por él sancionada, prohibió que Madrid fuera sustraída del dominio de la Corona de Castilla. Enrique IV, primer monarca que murió en Madrid, concedió a la Villa el derecho de titularse *muy Noble y muy Leal*. También realizó numerosas mejoras urbanas. Los Reyes Católicos entraron solemnemente en 1477, aposentándose en las casas de don Pedro Laso de Castilla, contiguas a San Andrés. Asimismo favorecieron a la Villa de varias maneras, entre las que sobresalen la fundación del convento de San Jerónimo del Prado, el desaparecido de las llamadas monjas de Constantinopla o la renovación de la iglesia de San Andrés. Por último, Carlos I concedió el título de *Villa Imperial y Coronada*, celebró aquí varias Cortes y acometió una vasta reedificación del antiguo Alcázar para transformarlo en palacio real. Muy conocido es el encarcelamiento de Francisco I de Francia, tras la victoria española de la batalla de Pavía, en la Torre de Luján, situada en la actual Plaza de la Villa.

3. CAÑAS Y TOROS EN LA PLAZA MAYOR.

Tomamos un coche, de caballos, por supuesto, y nos dirigimos a la Plaza Mayor. Por cierto, Felipe II estableció que los carruajes de los nobles fueran conducidos por cuatro caballos, mientras que la realeza tenía el privilegio de exhibir seis cuadrúpedos. Las carrozas también fueron escenario de escenas galantes y decorado de amores mercenarios. Quevedo critica estas prácticas que se potenciaban en las romerías, como la del Ángel:

Muchas carrozas rebosando dueñas,
de todo un barrio cada coche lleno,
señorías y limas por regalo,
doncellas rezumándose por señas.
Mas si esto se ve el día del Ángel bueno,
¿qué el día se verá del Ángel malo?

En la misma línea, Vélez de Guevara, en su interesantísimo relato *El Diablo Cojuelo*, escribe con acierto barroco (metáfora y paranomasia unidas) que las carrozas son *ballenas de lujuria*. (Discúlpeleme la explicación: el color negro y la forma de esos coches se identifican con la ballena; por otro lado, el término *ballena* puede, desde el punto de vista fonético, traducirse como *va-llena*, es decir, *va llena de lujuria*.) Una pragmática de 1604 prohíbe que los hombres entren y salgan de carrozas que no sean las propias.

Llegamos, al fin, a la Plaza del Arrabal, hoy conocida como Plaza Mayor. Parece que su origen debe buscarse en el reinado de Juan II. Siempre tuvo vocación de espacio multiuso, tan pronto un mercado como una improvisada plaza de toros. La configuración actual fue obra de Juan Gómez de Mora, bajo el reinado de Felipe III. Lamentablemente un incendio destruyó ese trazado original y el nuevo proyecto corrió a cargo del arquitecto neoclásico Juan de Villanueva en 1790, respetando, en sus líneas fundamentales, la obra de su predecesor. Preside la plaza la magnífica estatua ecuestre de Felipe III. Fue realizada en Florencia, en colaboración de Juan de Bolonia y Pietro Tacca, en 1616. El rostro del monarca se inspira en un retrato de Pantoja de la Cruz.



Juego de Cañas en la Plaza Mayor
Juan de la Corte, s. XVII.
Museo Municipal de Madrid.

Como dije, esta plaza sirvió para varios fines. Algunos recuerdan, a través de cierto cuadro, que en ella se celebraron Autos de Fe, sin duda con carácter excepcional. Más amables nos parecen otras diversiones que gozaron del favor y del fervor popular. Los juegos de cañas, con muchas reminiscencias de viejos torneos, prolongan la tradición caballeresca. El vistoso ritual de los caballeros incluía el uso del emblema. Este emblema podía ser una *divisa*, una *empresa* o un *mote*. La divisa era un color simbólico que alegorizaba los sentimientos del caballero. La empresa consistía en una figura pintada con una inscripción. Finalmente, los motes estaban formados por proverbios o máximas. El juego de cañas era ejecutado por dos cuadrillas de jinetes que se acometen

con lanzas de caña. Destacaban en este espectáculo la rica indumentaria de los équites y los audaces y peligrosos lances que emulaban las justas medievales. Respecto a los toros, debe destacarse que, obviamente, no existía ningún reglamento o regulación estándar, por lo que los aspectos primitivos, espontáneos nos sorprenderían. Como pauta general, predominaba el toreo a caballo, en suertes diversas, algunas muy parecidas a nuestros rejones actuales. Asimismo tenían lugar diversas pantomimas o juegos cómicos semejantes, para establecer un referente, al *bombero-torero* del siglo XX. Veamos como describe un coetáneo el aspecto de la plaza durante la corrida del 20 de mayo de 1655: “Se ve reunido a todo Madrid en la Plaza Mayor para la fiesta de toros que es una solemnidad de la cual se habla con tanto encarecimiento, que se la compara a los más hermosos espectáculos antiguos. En verdad que la Plaza Mayor ofrece un hermoso aspecto ese día. Está toda ocupada por la mejor gente de Madrid, que se alinea en los balcones, tapizados con colgaduras de colores diversos y engalanados con la mayor pompa posible. Cada Consejo tiene el suyo, revestido de terciopelo o damasco del color que le place, y acompañado por el escudo de su sello o de sus armas. El del rey es dorado y está cubierto de un dosel. La reina y la infanta están a sus lados, y en un rincón, su favorito o primer ministro. A su derecha hay otro gran balcón, donde están las damas de la Corte. En los demás hay toda clase de gente, aunque en esos cinco pisos no se ven en tal día sino hombres y mujeres con la apariencia que pueden. Los balcones se alquilan bastante caros, costando los primeros de 20 a 25 escudos, aunque no haya sitio en primera fila más que para cinco o seis personas”. A veces se creaba gran barullo durante la lidia, sucediendo incidentes tragicómicos como la herida de rejón que casualmente le infligió el almirante de Castilla al conde de Cabra.

Más de mil torearon de palabra,
y el Almirante, el único, el primero,
poniéndole un rejón a un pasajero,
entendió que era toro, y era Cabra.



Fiesta de toros en la Plaza Mayor
Anónimo, s. XVII. Museo Municipal de Madrid.

4. LOS CORRALES DE COMEDIAS MADRILEÑOS. PLAZA DE SANTA ANA.

Ahora caminamos en dirección a la Plaza de Santa Ana. Atrás hemos dejado, allá por la calle Toledo, el antiguo Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, hoy convertido en el instituto San Isidro. Su creación se debe a la generosidad testamentaria de la emperatriz María, hermana de Felipe II, que impulsó póstumamente su construcción. En la época de Carlos III se construyó la Colegiata de San Isidro, anejo al edificio dedicado a la educación. Prolija es la lista de las personalidades que atravesaron el bello claustro del actual instituto. Baste recordar los nombres de Lope, Quevedo, Calderón, Larra, el bandido Luis Candelas (expulsado por abofetear a su profesor de latín), Pío Baroja, Salmerón, Canalejas, Dato, Aleixandre, Cela y un largo etcétera.

Llegamos a la plaza de Santa Ana, cuya actual forma se debe al derrumbe de un convento carmelita en el siglo XIX. En el Madrid barroco, dos corrales de comedia se disputaban la hegemonía teatral: el Corral de la Cruz y el Corral de la Pacheca. El primero se encontraba en la calle de la Cruz. Gozó de mucho prestigio. Allí estrenó Cervantes su comedia *La Confusa* y, ya convertido en el siglo XVIII como Coliseo de la Cruz, en él se representó por primera vez la comedia moratiniana *El sí de las niñas* en 1806. Desgraciadamente se demolió a finales del siglo XIX, pudiendo sólo contemplar el paseante del siglo XXI una fachada de edificio con dibujo conmemorativo y leyenda alusiva a ese teatro. A sus seguidores se les conocía con el nombre de *polacos*.



Corral de la Pacheca (Príncipe)

El antiguo Corral de la Pacheca estaba situado casi exactamente donde hoy se alza el teatro Español. Este corral fue inaugurado en 1582, pasando en el siglo XVIII a mutar su nombre por coliseo o teatro del Príncipe. Sufrió varios incendios; los más importantes en los años 1745 y 1802. La configuración actual se debe al genio del arquitecto Juan de Villanueva (1802). En su fachada principal destacan una serie de medallones con las efigies de los

grandes dramaturgos de nuestra época áurea: Lope de Vega, Ruiz de Alarcón, Tirso, Calderón. Asimismo en la plaza está colocada una bella estatua a Calderón de la Barca. Esta bella obra merece un pequeño comentario. Dejemos que José Rincón Lazcano, autor del documentado tratado de 1909 *Historia de los Monumentos de la Villa de Madrid* quien nos la describa: “Elévase en el centro del jardín de la plaza de Príncipe Alfonso, conocida durante la Revolución por la de Topete y antes por la de Santa Ana. Esta labrada en mármol blanco, y es obra del escultor D. Juan Figueras y Vila, pensionado en Roma, donde la ejecutó. Representa a Calderón, sentado y en actitud de meditar; tiene una pluma en la mano diestra; ésta aparece apoyada sobre el brazo izquierdo, en cuya mano sostiene un libro”. La otra estatua de la plaza, de más reciente instalación, dedicada a Federico García Lorca, refleja el pésimo gusto y la decadencia del arte en una época que se suele denominar posmoderna. Este adefesio se enmarca en la línea cursi del monumento a *La Violetera*, para que el lector se haga una idea.

¿Cómo eran las representaciones teatrales en aquella época? Ricardo Sepúlveda, en su interesante libro *El Corral de la Pacheca* (1888), transcribe esta visión, algo displicente, de las representaciones a través de los ojos de un escritor holandés: “Los comediantes no representan con luces, sino con la del día, y así privan a las escenas de cierta ilusión. Los vestidos de los actores no son suntuosos, ni adaptados a los papeles. Una comedia de argumento romano o griego se representa con traje español. Todas las que yo he visto se componen de sólo tres actos, que los españoles llaman jornadas. Danlas principio por un prólogo o loa en música, y cantan tan mal, que su armonía se parece a chillidos de niños. Entre las jornadas intercalan algún entremés, algún baile o algún sainete, que muchas veces es lo más entretenido de la comedia. Por lo demás, el pueblo es tan perdido por esta diversión, que apenas puede con dificultad encontrar asiento, porque los más principales están tomados por temporada, y esto prueba que la ociosidad reina con exceso en esta tierra. Los asientos preferentes están junto a las tablas, y se conservan de padres a hijos, como un mayorazgo, que ni puede venderse ni empeñarse. Tanta pasión tienen los españoles por la comedia.”

Este fragmento nos da varias pistas importantes sobre las representaciones. En primer lugar, alude a la parquedad de medios (escenografía, vestuario, iluminación) con que se desarrollaba el teatro en el corral. En segundo lugar, indica que las comedias, divididas en tres jornadas, iban acompañadas de otras piezas teatrales. El orden solía ser el siguiente: la loa o introducción poética precedía al primer acto

(o jornada); tras ello los actores interpretaban una pieza breve de carácter cómico, entremés o paso; después, el segundo acto, seguido de una jácara; por último, el tercer acto, al que sucedía una mogiganga o baile a modo de colofón festivo.

Las partes del Corral eran, esencialmente, tres: el patio, donde se situaban los varones populares (los mosqueteros), la cazuela o entresuelo, espacio destinado a las damas, y los aposentos (*palchetti*) que eran ocupados por personas de destacada posición social, sin distinción de sexos. Respecto a la cazuela, quizá resulte curioso señalar que existía un individuo, similar al acomodador actual, pero que llevaba un nombre que explicitaba su cometido: el *apretador*. Acontecían sorprendentes altercados en este ámbito mujeril, dignos de ser constatados por la pluma de Barrionuevo en sus célebres *Avisos* (1656): “Asimismo, para que viese todo lo que pasa en los corrales [la Reina] en la cazuela de las mujeres, se ha representado bien a lo vivo, mesándose y arañándose unas, dándose y mofándose los mosqueteros. Han echado entre ellas ratones en cajas que abiertas saltaban [...] y fue espectáculo más de gusto que de decencia”.

Las agrupaciones de comediantes eran muy variadas. Iban desde un solo actor (bululú) a compañías de una decena de intérpretes. Sus nombres pintorescos fueron inventariados por el escritor Agustín de Rojas: - “Pues sabed que hay ocho maneras de compañías y representantes, y todas diferentes (...) Habéis de saber que hay bululú, ñaque, gangarilla, cambaleo, garnacha, bojiganga, farándula y compañía.”

Algunos actores y algunas actrices gozaron de gran fama y un incuestionable éxito social. Tal fue el caso de María Calderón, la Calderona, amante de Felipe IV y, fruto de aquellos amores, madre de Juan de Austria. Más sorprendente fue el reconocimiento de Cosme Pérez, el famoso Juan Rana. Este individuo, que primero triunfó en Sevilla y Valencia, hacía las delicias del público exhibiendo su figura contrahecha y, sin duda, desplegando su fuerza cómica. El prestigio de Juan Rana hizo que destacados dramaturgos escribieran textos para que él los subiera a las tablas. *El desafío de Juan Rana* de Calderón o *La loa de Juan Rana* de Moreto hablan bien a las claras de la enorme popularidad de este actor. Las supuestas costumbres disolutas de algunas cómicas fueron objeto de chanza y crítica despiadada. Así, en el caso de la actriz Jusepa Vaca, casada con Morales. Este, al parecer, se paseaba por Madrid con ricos ropajes y joyas que eran regalos de los amantes de su mujer. Por ello un anónimo poeta escribió estos versos:

Con tanta felpa en la capa
y tanta cadena de oro,
el marido de la Vaca
¿qué puede ser sino toro?

5. RIVALIDADES LITERARIAS Y HUMANAS.

CASA DE GÓNGORA-QUEVEDO



Casa de Quevedo y de Góngora

Llegamos a la antigua casa de Quevedo y de Góngora, situada en la antigua calle Cantarranas, hoy Lope de Vega, lugar donde también nació el dramaturgo José de Echegaray. Según Góngora, el alquiler era desproporcionado al tamaño del inmueble: “he alquilado una casa que en el tamaño es dedal y, en el precio, plata.”

Hoy quizá sorprenda la crueldad y el ensañamiento con que los escritores se zaherían en el Siglo de Oro. Estas actitudes se entenderían mejor si nos situamos en el contexto del siglo XVII. Para un español de aquella época la violencia y el dolor eran algo habituales. Existían duelos, ejecuciones públicas y un sinnúmero de sufrimientos que serían insoportables para nosotros. Recordemos que el *Quijote* triunfó en su tiempo, entre otros motivos, por los golpes y vapuleos que recibían el hidalgo y su escudero. Por no hablar de la novela picaresca...

La rivalidad entre Góngora y Quevedo parece ser que surgió por unos versos satíricos de don Francisco que ridiculizaban otros del cordobés sobre el río Esgueva. Esto era un mero pretexto para desatar la rivalidad. La inquina, literaria y humana, de los dos genios pervivió incluso a la muerte de uno de ellos. Así, tras *desgongorizar* la casa, Quevedo dedica estos versos al supuesto viaje infernal de su antagonista: “Fuese con Satanás, culto y pelado, ¡mirad si Satanás es desdichado!” Góngora, por su parte, arremete contra Quevedo y contra Lope, tildándolos de pésimos poetas y óptimos bebedores:

Hoy hacen amistad nueva
más por Baco que por Febo

Don Francisco de Qué-bebo
y Lope Félix de Beba.

A continuación un ataque directo a Quevedo:
Anacreonte español, no hay quien os tope.
que no diga con mucha cortesía,
que ya que vuestros pies son de elegía,
que vuestras suavidades son de arropé.

Otros insultos que prodiga Góngora a Quevedo se centran en la característica cojera del madrileño. También Quevedo critica el aspecto físico del maestro culterano. No es disparatado pensar que la famosa hipérbole del *hombre a la nariz pegado* fuera un dardo dirigido a su enemigo de letras. Más explícito aparece el ataque en estos versos que aluden a la presunta ascendencia judía del poeta cordobés:

Yo te untaré mis versos con tocino
porque no me los muerdas, Gongorilla,
perro de los ingenios de Castilla,
docto en pullas, cual mozo de camino.

El punto álgido de esta disputa llega con la adquisición y el consiguiente desalojo de Góngora de la casa madrileña por parte de Quevedo en 1625. De esta forma el genial cojo se cobraba un gran triunfo en esta disputa.

Y págalo Quevedo
porque compró la casa en que vivías,
molde de hacer arpías;
y me ha certificado el pobre cojo
que de tu habitación quedó de modo
la casa y barrio todo,
hediendo a Polifemos estantíos,
que para perfumarla
y desengongorarla
de vapores tan crasos
quemó como pastillas Garcilasos.

Asimismo muy sonado fue el intercambio de versos insultantes entre dos literatos, que hoy llamaríamos, con lindo eufemismo, discapacitados físicos: Quevedo y Ruiz de Alarcón.

En fin, a favor de Quevedo se puede alegar que desarrolló una capacidad de auto mofa de la que carecen sus opositores. Así su famoso autorretrato, *entre cojo y reverencias*. Él justifica sus versos satírico-literarios de esta manera:

Muchos dicen mal de mí,
y yo digo mal de muchos;
mi decir es más valiente,
por ser tantos y ser uno.

6. UN ÚLTIMO DESTINO: LA CASA DE LOPE DE VEGA.

Ahora, amigo, las paredes de la casa de Lope (calle Cervantes) nos reciben. Hay una hermosa inscripción en el dintel de la puerta: *Parva propria, magna. Magna aliena, parva*. [Lo poco, si propio, es mucho. Lo mucho, si ajeno, es poco.] El Fénix adquirió esta casa el año 1610



Casa de Lope de Vega

por 9.000 reales, que pagó en tres plazos. Allí vivió 25 años, hasta su muerte. La heredó Feliciano, una de las hijas del dramaturgo, pero en 1674 el nieto de Lope la vendió. Afortunadamente, fue adquirida por la RAE. La última y más grande remodelación corrió a cargo del arquitecto Chueca Goitia, en los años 60. La casa tiene dos plantas y pesaba sobre ella “carga de aposento”, que fue redimida en 1613. Destacan, de las diversas dependencias, la biblioteca con 1500 libros, el oratorio, donde decía (Lope en esa época era sacerdote) y oía misa, y, finalmente, un jardín con huerto y un pozo de agua potable. Como escribió el Fénix de los Ingenios: “Las flores me dan conceptos”. Nosotros, como aquel genio, también podemos disfrutar de la placidez de este patio interior. El merecido descanso invita al sueño. Tal vez despertemos en el Madrid del siglo XVIII.



BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- ◆ Mesonero Romanos, Don Ramón de. *El antiguo Madrid* (1861). Ed. Asociación de Libreros de Lance de Madrid. 1990.
- ◆ Sainz de Robles, Federico Carlos. *Breve historia de Madrid*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1970.
- ◆ Deleito y Piñuela, José. *También se divierte el pueblo*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1944.
- ◆ Rincón Lazcano, José. *Historia de los monumentos de la Villa de Madrid* (1909). Ed. Asociación de Libreros de Lance de Madrid. 2001.
- ◆ Sepúlveda, Ricardo. *El Corral de la Pacheca (Madrid y su teatro)* (1888). Ed. Asociación de Libreros de Lance de Madrid. 1993.
- ◆ Rojas Villandrando, Agustín de. *El viaje entretenido*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1977.
- ◆ Vélez de Guevara, Luis. *El diablo cojuelo*. Ed. Alba. Madrid, 1997.
- ◆ Barrionuevo, Jerónimo de. *Avisos*. Ed. Castalia. Varias ediciones. Madrid.
- ◆ Luján, Néstor. *Madrid de los últimos Austrias*. Ed. Planeta-Círculo de Lectores. Barcelona, 1990.
- ◆ Sagaró Faci, Matilde (ed.). *Biografía Literaria de Madrid*. Ed. El Avapiés. Madrid, 1993.
- ◆ Sepúlveda, Ricardo. *Antiguallas (Costumbres Madrileña)* (1889). Ed. Asociación de Libreros de Lance de Madrid. 1991.